

DISCURSO EN LA PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN XIII DE LAS OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA

Alberto Wagner de Reyna

Con verdadera nostalgia y emoción ocupo, una vez más, la prestigiada tribuna de este Instituto, al cual desde su fundación estoy ligado, y que hasta su muerte dirigió mi venerado maestro Víctor Andrés Belaunde, y concurro al noble solar limeño, en que varias veces visité en su despacho -en la ventana de reja- al ilustre don José de la Riva-Agüero y Osma, quién, pese a la diferencia de edad, y evidentemente de méritos, me honró con su generosa amistad. Y tales sentimientos adquieren mayor consistencia y profundidad por tratarse de una ceremonia destinada a presentar la correspondencia entre ambos próceres -el segundo tomo del epistolario de don José- y por el hecho de ser director de nuestra corporación mi invariable y querido amigo, desde hace más de seis décadas, José Agustín de la Puente Candamo.

Y ya que he caído en evocaciones -a cierta edad uno se vuelve proclive a ellas- permítaseme comenzar esta charla (que eso han de ser mis palabras esta noche) con una revivida añoranza, de muchos lustros atrás, en que tuve el privilegio de tratar, como estudiante medio entrometido y un tanto curioso impertinente, a estas dos grandes figuras del Perú y del catolicismo hispanoamericano, ambas solidarias en su amor a la Universidad Católica y en el denodado servicio de sus empeños espirituales y nacionales.

Año de gracia de 1932. Presidencia de Sánchez Cerro. Había en Lima -aparte de las Escuelas de Ingenieros y de Agricultura- dos Universidades, una con cuatro siglos de historia, con sede en el antiguo Convictorio Carolino, y decididamente de izquierda, a pesar de la resistencia de algunos profesores, San Marcos: la otra no había cumplido aun sus veinte abriles, La Universidad Católica, ubicada en el antiguo local del colegio de la Recoleta, y que sus detractores solían llamar despectivamente la “Academia Dintilhac”, aludiendo al nombre de su esforzado rector.

Al comenzar el año, ambas funcionaban. San Marcos había abierto -plausible novedad entonces- una Escuela Preparatoria de Verano, pero su reforma,

inspirada en la Universidad de Córdoba (Argentina), de 1918 inquietaba a la opinión pública. El ambiente estudiantil estaba muy movido, como la política en general. La Reforma universitaria avanzaba en discusiones y no únicamente con palabras sino a golpes; se temía que el gobierno tomara San Marcos, y los estudiantes ocuparon el local. A fines del verano, la tropa los desalojó y la Universidad fue clausurada. Quedó sólo abierta la Católica. Muchos estudiantes emigraron a universidades de provincia (Guillermo Gerberding, a Trujillo; Carlos Cueto Fernandini, al Cuzco; quienes tenían vinculaciones mistianas, a Arequipa) y aun a La Paz, Santiago y Buenos Aires; otros permanecemos en Lima y nos matriculamos en la Católica. De quienes entramos por aquella época, unos fueron aves de paso, hasta que se reabrió San Marcos; otros nos sentimos “en casa” en ella, y hemos querido ser fieles a esta institución confesional y a los valores para cuya defensa fue fundado.

La clausura de San Marcos brindó una excepcional oportunidad a nuestra *alma mater*, que ella supo aprovechar gracias a la pertinaz santidad del padre Jorge, hombre sin brillo intelectual, que poseía dones que valen mucho más: fe, bondad, generosidad, dedicación al trabajo, sobriedad, valentía física y moral. Al lado de él, a una persona más debe la Universidad Católica no haber desperdiciado la ocasión que la Providencia le ofrecía: a Javier Correa Elías, que aceptó la modesta situación de secretario de la Facultad de Letras. Su entusiasmo, su espíritu organizador, su impavidez e inteligencia lograron -en lucha con elementos menos alertas- remodelar la institución y ponerla en condiciones de afrontar airoosamente el desafío de ser por algunos años la universidad de la capital de la República, buscó profesores y dinero, estimuló a los jóvenes, fue el ejecutor ingenioso y activo de las ideas fundamentales que tenían su origen precisamente en hombres como Riva-Agüero y Belaunde.

El mundo -y en especial el hispánico- vivía en aquellos años la descomposición de la República Española, que llevaría a la guerra civil. Esta circunstancia ponía sobre el tapete los temas de revolución social, marxismo, democracia y otras que venían a desembocar en referencias a nuestra situación política nacional y a la relación entre el Perú y España. Riva-Agüero subrayaba la pertenencia de nuestro país -así como del resto de la América austral- a la comunidad hispánica, evidentemente con las características que había señalado en sus libros, es decir a una familia cultural radicada en Occidente. La discusión acerca de la sustancia espiritual del Perú (indigenismo, mestizaje, americanismo global, latinidad, Iberoamérica, etc.) estaba al orden del día. Dentro de este contexto, el grupo de la Universidad Católica -profesores y alumnos- tenía vida, irradiaba, chocaba con corrientes adversas, como el Apra y el marxismo en general, con viejas

tendencias liberales y radicales -anticlericales o librepensadoras- y también con el famoso “respeto humano” que aún aquejaba a las gentes de Lima. El núcleo dirigente, inspirador ideológico y de vanguardia católica, se componía de catedráticos de la Universidad y de algunos amigos de la casa, entre los cuales descollaban los dos prohombres cuya correspondencia se presenta hoy.

Riva-Agüero -comencemos por él- era la erudición y socarronería andando. Amabilísimo con sus amigos, cubría de sabios improprios arcaizantes a sus enemigos. Hablaba con una entonación que le era peculiar y escribía en estilo anticuado y divertido, de adjetivación certera y desconcertante. El Marqués de Aulestia (que tal era su título nobiliario) era la *bete noire* de la *intelligentsia* aprista y el personaje más visible de la aristocracia limeña.

Más que en Lártiga (su solar familiar, ahora local del Instituto que lleva su nombre) residía en Chorrillos en una casa pompeyana. Hispanizante, castizo se preciaba también de indianófilo; genealogista, vivía con un pie en lo presente y otro en lo pasado; generoso, protegía a mucha gente, en especial a pobres vergonzantes, existencias venidas a menos, sobre todo si sus lejanos abuelos habían sido partidarios del mariscal Riva-Agüero, primer presidente del Perú. Pero ¡ay! de aquel que entre los suyos contara con un adversario de cualquiera de los antepasados de don José: motejado de felón, traidor y fementido, contra toda lógica culpaba el Marqués en su inquina al inocente vástago de las infamias de aquél, mitad en burlas y mitad en serio. Su especialidad era la sátira alegórica, y sabía tejer largos paralelismos -muchas veces incomprensibles para quien no manejara, digamos, la historia de Bizancio- referidos a situaciones u ocurrencias actuales.

Recuerdo que una vez cayó la conversación en Xavier Zubiri -que, sacerdote, había sido autorizado por la Santa Sede a contraer matrimonio- y se despachó Riva-Agüero una semblanza del rey don Ramiro el Monje que evocaba ciertos problemas hartamente personales a raíz de su salida del convento para asegurar la sucesión de su Casa, preguntándose -con ironía y lenguaje propios de arcipreste de Hita- cómo los habría resuelto el filósofo.

De mi nivel, en la Universidad Católica, si no me falla la memoria, varios teníamos trato intelectual con él. Ante todo Pedro Benvenuto Murrieta, precoz autor de un libro sobre recuerdos de Lima, con prólogo del propio Riva-Agüero, Guillermo Lohmann Villena, a quien lo vinculaba la afición a la historia; Jorge Villarán Pasquel, Carlos Pareja Paz Soldán, Jorge Zevallos Quiñones. Imagino que con promociones anteriores a la mía -pienso en Raúl Ferrero- tendría

conciliábulo políticos. Cuando partí a París en 1937 me confió dos volúmenes -los opúsculos- para Paul Rivet y una generosa recomendación para él.

Más bien pequeño y más bien grueso, desconocía física y moralmente el miedo, y su franqueza -generalmente envuelta en barroca ironía- era proverbial. Había sido en sus mocedades buen jinete (como para ir a lomo de mula de Cusco a Huancayo) y no había desdeñado los duelos a espada. A su largueza la Universidad debió, en repetidas oportunidades, el salvarse de la catástrofe económica, actitud que correspondía a su habitual esplendidez.

Mucho se ha escrito y discutido sobre la evolución ideológica de Riva-Aguero. Para mí, tengo la convicción que desde sus mocedades fue conservador, que amaba un Perú integral en que convergieran lo aborigen y lo hispánico, y que por temperamento buscaba el equilibrio, como expresión de la verdad y la justicia. Ahora bien, creo que en su juventud y en su madurez reaccionó diferentemente frente a la presión intelectual del ambiente. En sus tesis universitarias sobre literatura e historia en el Perú y sobre derecho, sigue, con no demasiado fervor, las banderas del positivismo, liberalismo y laicismo imperantes, servidas entre nosotros por la habilidad literaria y dialéctica de González Prada. Es decir, se pliega a la corriente dominante -no hay que olvidar que aunque tempranamente erudito era un mozo de algo más de veinte años- sin excesos y reconociendo lo positivo y censurable donde lo encontrara.

Vuelto de Europa en 1930, después del destierro durante el “Oncenio” de Leguía, la situación ha cambiado. El ambiente es ahora revolucionario (aunque con la derecha en el poder), indigenista, socialista o aun comunista. Quiere entonces Riva-Aguero restablecer el equilibrio, y con igual vigor que el ataque que ella sufre toma él la defensa de la tradición y se sitúa decididamente en la derecha de entonces (aunque con muchas reservas frente al gobierno), en el hispanismo, sin desde luego dejar de afirmar el Perú integral. Este es el don José que yo conocí y que seguí con entusiasmo.

La opinión pública -y a la cabeza de ella la *intelligentsia*-, que cuando fue liberal y librepensador lo aplaude y ve en él un conductor de su causa -sin embargo, su partido futurista no logra éxito alguno- ahora que se afirma conservador, esa misma *intelligentsia* lo rechaza y ridiculiza. La masa, y sus ideólogos de izquierda, reconocieron en él un enemigo poderoso y decidido, y entonces comienza lo que Guillermo Hoyos Osorio llamó la “impopularidad y el agravio”.

Primero alabanzas y vítores, después desconsideración y denuestos, tal es en síntesis la actitud mayoritaria del Perú frente a la alta y recia personalidad de Riva-Agüero. Pero advierto que la balanza, con el cambio de corrientes de pensar y la serenidad que trae el transcurso del tiempo, está encontrando hoy su equilibrio: Riva-Agüero aparece a los peruanos, a medio siglo de su muerte, como lo que es: un pensador polibeo, un historiador de visión global, que busca la verdad, y que la encuentra en la tradición y la patria.

Pasemos ahora al otro corresponsal del epistolario que nos ocupa.

Víctor Andrés Belaunde representaba la cordialidad en persona. Vivía en lo presente y en lo futuro y simultáneamente en todas las latitudes de la geografía y del espíritu. Sería difícil citar a alguien en nuestro grupo que no lo admirara. Su actuación política, el debate parlamentario sobre la Constitución de 1933, sus múltiples conexiones internacionales y los libros que recibía de todas partes, sus misiones diplomáticas, lo convertían a menudo en el hombre del día, de cuya amistad se ufanaban muchos, de uno y otro lado de la barricada.

Dos años mayor que Riva-Agüero, los unía una vieja camaradería. La primera carta en el epistolario que hoy aparece data de 1901, cuando ninguno de los dos tenía aún veinte años. Y esta relación se fue profundizando con el tiempo, y continuó invariable y cálida, a pesar de la disimilitud de caracteres y la diversidad de oficio. Ambos se ocuparon en filosofía, que conocieron en su juventud en la versión del siglo XIX; después se tomó Riva-Agüero hacia la posición tradicional y Belaunde se interesó -dentro de la línea cristiana- por las nuevas corrientes del pensar.

Don José era rotundo y podía ser desafiante. Don Víctor Andrés fue extrovertido, y -sin mengua de su firmeza- conciliador. El uno conversador amenísimo, maestro en comparaciones y vocablos inesperados, profundo conocedor de nuestra lengua, el otro, orador nato, chisporroteante de ideas, solía deslumbrar a su auditorio con su facundia precisa y sonora.

Belaunde se complacía en crear teorías al parecer frívolas que disimulaban hondura. Me viene a la memoria aquella referente al plural y singular de las palabras. Este -el singular-, decía, es ponderativo; aquél -el plural-, peyorativo. Pruebas al canto: y venía una letanía de ejemplos para confirmar el aserto:

La mujer - el ideal de la madre y de la esposa,
las mujeres - que uno encuentra por la calle;

el amor - sentimiento máximo y divino,
los amores - que generalmente son amoríos;
el Sol - astro rey que nos alumbra,
los soles - que se devalúan día a día;
La esperanza - virtud teologal que alegra la vida
las esperanzas - inciertas o perdidas;
y así muchos ejemplos más rebosantes de gracia y picardía.

A la irónica y festiva actitud de Riva-Agüero, que no perjudicaba su gravedad, correspondía en Belaunde un contagioso buen humor, que rezumaba ponderación y seriedad. Uno era acaudalado y limeño, el otro impecunioso -como él se calificaba- y mistiano.

El mechón algo en desorden, el entusiasmo siempre juvenil lograba a veces olvidar la erudición y solidez intelectual del preclaro y universal arequipeño, y alguien que no lo conociera bien hubiera podido tildarlo de exuberante. Ocurre que don José, aún en sus veleidades modernistas, era un clásico -en todo: pensar, hablar, actuar, vestir- a la vez romano, francés y matritense. El salterio era su devocionario. Don Víctor Andrés se deleitaba con la liturgia. Era un romántico, con reminiscencias de Byron, Chateaubriand y Espronceda, enamorado de ideas, a veces despreocupado de lo inmediato. En el congreso de filosofía con ocasión del cuarto centenario de San Marcos, lo vi sentarse sobre su propio sombrero, al calor de una discusión metafísica.

La lucidez, la inteligencia, la buena fe, la honestidad, la escrupulosa precisión eran virtudes y calidades que compartían estos dos prohombres del pasado, pero que felizmente están presentes entre nosotros por su ejemplo, la semilla que sembraron, y sus obras.

Sí, señoras y sectores, fueron ellos dos paradigmas -distintos pero semejantes- de lo que es el hombre cabal, unidos por su fe en Cristo y en el desvelo por el Perú.

Con ocasión de este acto, he releído dos libros que me parecen caracterizar a Riva-Agüero y a Belaunde y que creo que constituyen obras capitales de las letras y del pensamiento peruanos. Representan -para el uno y para el otro- una síntesis de las ideas maestras de su producción literaria y del enfoque -intelectual y emocional- de nuestra patria. Ellos son: *Paisajes peruanos* y *Peruanidad*, dos obras complementarias.

Riva-Agüero, en la primera de ellas, se halla en la línea directa de los cronistas, esos frailes o soldados curiosos y comprometidos en la aventura de ganar, en su integridad, física y moral, las tierras conquistadas para España y con ello para el Occidente cristiano. Curiosos, porque se interesan por todo -historia, paisajes, costumbres- y lo relatan y comentan; comprometidos porque son a la vez espectadores y actores de la hazaña. Son los *Paisajes* espléndida literatura histórica -me hacen pensar en Heródoto-; magnífica prosa castellana; finura estética; emoción auténtica, descripciones que sugieren realidades vivas, vistas, escuchadas. Allí está todo el Perú, no sólo el serrano, sino también la costa, por ser costeños los ojos que ven con profunda simpatía el panorama en su integridad.

Belaunde, en *Peruanidad*, nos trasmite sus investigaciones y hallazgos de sociólogo, su erudición histórica, su experiencia diplomática. Es el Perú visto por dentro y también desde afuera, en la perspectiva de la actualidad, con sus flaquezas y logros, sus problemas y la posibilidad de sus soluciones. Inmejorable introducción para quienes no nos conocen, pero también certera guía para el necesario ejercicio de introspección colectiva a que todos estamos llamados y obligados.

Son libros de autocrítica, pero sobre todo de esperanza. En ellos aparece el Perú en su raigambre milenaria y su proyección a lo futuro. Evidentemente están condicionados por circunstancias externas: el uno escrito en 1912, el otro publicado en 1942, y no es de extrañar que después de 80 y 50 años no coincidan exactamente en algunas de sus apreciaciones adjetivas con la realidad de hoy. Pero el empuje que los anima no ha variado, por lo contrario se hace más actual y premioso. El espíritu que sopla desde ellos y nos da en la cara debe transmitirnos: es el aliento vital y vivificador del sentido del Perú en su destino histórico.

Para completar el cuadro de las altas esferas de la Universidad Católica, tal como yo las veía, en mi calidad de “cachimbo” de primero de Letras en 1932, es menester recordar a otras figuras memorables de la casa.

El padre Vargas, jesuita e hijo del historiador Nemesio Vargas, pasaba por ser hombre intratable, perdido entre sus legajos y afilado en sus juicios. Trabajador infatigable, se permitía poner notas inverosímiles (que hubieran desencadenado “tachas” si hubiese dictado en San Marcos) y -¡Oh insolencia!- exigía que los “trabajos de investigación” semestrales lo fueran de verdad y se basaran en análisis de documentos en archivos o en fuentes impresas contemporáneas. El único 5 (sobre 20) de mi vida se lo debo a él. Le tengo por ello especial

reconocimiento y simpatía. El cocacho disciplinario que me propinó me enseñó -para siempre- ir a los orígenes y causas en los temas que debo estudiar.

Julio C. Tello sabía poco castellano; sus instrumentos de pensar y comunicar eran el quechua y el inglés. Dictaba sus clases a las 7 de la mañana (lo que no aumentaba el número de oyentes), en un tartamudeo desordenado, que rezumaba conocimientos esotéricos. Total: un desastre. Pero ir al campo -arqueológico- con él constituía un placer y una verdadera aventura física y espiritual: los montículos que parecían mudos, no sólo hablaban sino tomaban forma, las huacas revivían y los caminos murales se poblaban. Para todo tenía una explicación o una teoría, y como por ensalmo surgía el lejano pasado precolombino ante nuestros ojos. No es de extrañar que siendo tan disímiles -en todo- hubiesen sido amigos Tello y Riva-Agüero.

Cristóbal de Losada y Puga, con nombre de oidor -era nieto del último gobernador español de la Florida- ejercía la profesión de ingeniero. Había “construido” la facultad correspondiente en la Universidad Católica, que servía de ejemplo por su rigor académico a todas las demás. Matemático insigne, disfrutaba de una vasta cultura humanística, y se caracterizaba por sus opiniones duras. (Su especialidad era la resistencia de materiales). Fue director de la *Revista de la Universidad*, que bajo su férrea disciplina alcanzó alto nivel intelectual- A él se debe que el último libro que escribió Riva-Agüero fuera sobre literatura francesa, que no era su tema habitual. La historia es simple: Losada le entregó, para que hiciera una nota crítica, un volumen en francés sobre Malherbe y Ronsard, que había sido remitido a la Revista. El uno se puso a profundizar el tema pues discrepaba con ciertas apreciaciones de la obra, el otro que exigía que esa discrepancia tomara forma escrita, el asunto es que la tal “reseña” ocupó durante varios meses la atención de Riva-Agüero y varios números de la Revista, páginas que vieron después la luz en forma de libro. Como director, ofrecía Losada un almuerzo anual a los colaboradores de su publicación, al que asistía un conjunto muy representativo de los intelectuales limeños. Se distinguía este ágape por la invitación que recibían los convidados: al pie de ella se podía leer: No habrá discursos. ¡Qué tranquilidad para todos!

Con Losada, que fue varios años director de la Biblioteca Nacional, me ligó a lo largo del tiempo también afectuosa amistad. Conociendo que tras su distante compostura se ocultaba una inconfesada sencillez y bondad, me esforcé en darle un giro humorístico a la correspondencia que con él sostuve sobre adquisición de libros y documentos en Chile para la Biblioteca Nacional. A cada desenfado mío respondía él con la dignidad que lo caracterizaba. Pero sé que se reía mucho.

Vinculados académicamente -como José Jiménez Borja- o sólo a título personal a estos dirigentes de la Universidad estaban Raúl Porras Barrenechea, José Gálvez, Aurelio Miró Quesada Sosa, todos ellos ligados a San Marcos, los Vélez Picasso, Honorio Delgado, psiquiatra y filósofo, Francisco y Manuel Moreyra Paz Soldán, para sólo citar a aquellos que encontraba dentro de mi horizonte visual de estudiante de letras al comenzar los años 30.

Andando el tiempo la clientela -en el sentido romano- del núcleo de miembros del Consejo Superior y de catedráticos se fue ampliando con sangre nueva. Jóvenes intelectuales como Ernesto Alayza Grundy y Mario Alzamora Valdez, que terminaban sus carreras, y que por lo tanto pertenecían a promociones anteriores, estrechaban sus relaciones con los maestros. Tal fue también el caso de José Pareja Paz Soldán que partió hacia Río de Janeiro como secretario de Belaunde. Otros se distanciaban.

Al hablar de la sangre nueva me refiero a Jorge Puccinelli, César Pacheco Vélez, José Agustín de la Puente Candamo, porque como tales los veíamos a medida que avanzábamos en la escala de estudios y llegaban condiscípulos de cursos inferiores. Por razones de parentesco político estuvieron cercanos a Belaunde, Domingo García Rada y Carlos Salazar Romero, así como más tarde Celso Pastor de la Torre.

La correspondencia entre Belaunde y Riva-Agüero, que publica el tomo XIII del epistolario de Riva-Agüero comienza con el siglo y termina en 1943, es decir un año antes de su muerte. Se puede dividir, no sólo cronológicamente sino por los temas dominantes en cuatro períodos:

I. JUVENTUD (1901-1912)

Ambos eran amigos de la temprana mocedad, pues condiscípulos en la Universidad, estudiaban en la casa de Lártiga con otros jóvenes de la época. Víctor Andrés es el viajero y escribe desde Buenos Aires, Madrid, Arequipa, Montevideo, pero a veces se invierte la ubicación geográfica, José está en Arequipa y Víctor Andrés en Lima. El tono aunque cordial es distante y ceremonioso y los temas son proyectos intelectuales, conferencias, libros y publicaciones.

II. POLÍTICOS NOVATOS (1916-1919)

El tema central cambia, es la política nacional. Las elecciones de 1915. se acercan y el Dr. Riva-Agüero funda el Partido Nacional Democrático (futurista). El Dr. Belaunde viaja a Bolivia, donde es Encargado de Negocios del Perú, pero vuelve con licencia a Arequipa y es candidato -frustrado- a una diputación por esa agrupación política, que como recordé no tiene buen éxito. Nombrado al Uruguay como ministro, viaja a Montevideo.

III. LAS CONFERENCIAS DE RÍO DE JANEIRO (1932-1934)

Con la presidencia de Leguía se apartan ambos amigos del Perú y se interrumpe la correspondencia. Al caer aquél, se les abren de nuevo las puertas de su país, pero Belaunde queda por algún tiempo más en los Estados Unidos dando cursos, mientras que Riva-Agüero vuelve a Lima. Se produce el incidente de Leticia con Colombia. Riva-Agüero es Presidente del Consejo de Ministros con Benavides y Belaunde viaja como delegado a la capital brasileña e interviene activamente en las conferencias destinadas a superarlo.

Y aquí se halla el grueso de la correspondencia, en que nos podemos informar, casi día a día del desarrollo de ellas y del manejo de problema desde Lima. Pinta Belaunde personajes, situaciones, angustias de aquellas memorables jornadas que llevaron al Protocolo de 1934, y nítidamente aparecen aunque cargadas con colorido emocional del autor las figuras brasileñas, colombianas y peruanas que en ellas intervinieron. Es un testimonio de importancia para la historia diplomática del Perú, y de América.

IV. BOGOTÁ Y WASHINGTON (1934-1938) Y ÚLTIMAS CARTAS (1939-1943)

De nuevo ausente por razones diplomáticas (Embajada en Colombia y Conferencias peruano-ecuatorianas en Washington) escribe Belaunde comentando -aunque más brevemente- las ocurrencias de sus misiones, y en las cartas aparecen temas filosóficos y políticos. Finalmente, cuando Riva-Agüero da la vuelta al mundo corresponde su viejo amigo desde Lima con él.

En general, son más abundantes las cartas de Belaunde a Riva-Agüero que las que van en sentido contrario. Desde 1932 se tratan de tú y aparece en la correspondencia un tono de intimidad y de recíproco afecto.

¿Qué nos dice hoy esta correspondencia? ¿Qué ideas matrices subraya o explícita? ¿Hacia dónde señalan las cartas -confidenciales o simplemente particulares- que nos presenta el tomo comentado y en general la obra de los corresponsales?

Primeramente es la visión del Perú en la multiplicidad y globalidad no siempre homogénea de su historia y de la realidad hasta promediar el siglo XX. Visión que aún hoy es valadera y que se resume en la confluencia de lo aborígen y lo hispánico: una cultura que asume -la occidental- y una que es asumida -la autóctona- para emplear las palabras de Belaunde, una síntesis viviente, y por lo tanto orgánica pero preferible en que se vierten aportes de otros horizontes que no afectan la sustancia de nuestra nacionalidad.

En segundo lugar, nos dicen nuestros maestros que la fidelidad a la propia esencia es fundamental: un mandato de quienes nos precedieron en esta tierra, y nos transmitiera su sangre y espíritu, y un imperativo frente a quienes nos han de suceder en ella. Y que sólo en el ejercicio de esta vocación encontrará nuestro país su dignidad y felicidad y aún la supervivencia como comunidad autónoma.

En la primera mitad del siglo que corre dos escollos nos amenazaban. Para esquematizar, uno de signo negativo y otro con pretensiones de positivo. Me explico: por un lado la pérdida de la identidad por la negación del legado hispánico que significa el indigenismo o -por otro lado- el desprecio de lo vernáculo, que aquejó a muchos de nuestros abuelos. Es la sustracción de uno de los componentes de nuestra identidad. El otro escollo es más sutil: la conservación externa y folklórica de nuestra herencia histórica (supuestamente garantizada por referencias grandilocuentes al imperio incaico, al esplendor virreinal, al criollismo, al mestizaje, etc.) pero que encubre la sustitución -so capa de enriquecimiento- de nuestra esencia tradicional, por un supuesto modernismo, que se titula pragmático y que se presenta como un paso hacia adelante, positivo y en el fondo ineludible. Creían sus sostenedores que el porvenir se hallaba en la asimilación de un *way of life* centrado en la economía y que nos pondría en la senda del progreso. El Perú debía aspirar a ser un engranaje de ese porvenir. Es la adición que diluye, y que -hay que reconocerlo- nos ha llevado un trecho por ese camino, pero que, de otro lado, ha menguado nuestra sustancia espiritual, situándonos al borde de la inautenticidad cultural.

Expresión vaga de esta tendencia fue un panamericanismo, subrepticio o franco, incierto o institucionalizado; la exaltación del Nuevo mundo, frente

a la decadente Europa y en especial su latinidad. El ideal proclamado era ese Nuevo Mundo unido, pujante, con la tutela que evidentemente habría de imponerse por su peso específico, del Norte sobre el Sur del continente. Y así el escollo resultaba tabla de salvación o El Dorado apetecible.

Ahora bien, el conflicto mundial del 39 al 45 y la consiguiente postguerra cambió este planteamiento, que en sus términos parecía tan claro y plausible. Surge entonces la teoría del Tercer Mundo, de la biparticipación del orbe en países desarrollados y subdesarrollados. Se caracteriza esta doctrina y práctica política por dos puntos esenciales, indudablemente inspirados en el marxismo pero curiosamente aceptada y llevada a cabo por gobiernos, tanto en América como en Europa, que no se adherían a dicha filosofía.

Primer punto.- Lo fundamental y decisivo en una sociedad es su economía, de la cual deriva su realidad social. El resto es epifenómeno. La Historia comienza con la revolución social, dentro de los límites de un Estado, y fuera de ellos en la solidaridad internacional de los pobres, que incluye la revolución de los países subdesarrollados y dominados contra los industrializados y dominantes, para alcanzar así su desarrollo, meta de la historia.

Al servicio de este fin ha de ponerse todo, inclusive los epifenómenos, como cultura, identidad nacional, etc. La doctrina es coherente y una amplia corriente de pensamiento y acción la apoyó.

Segundo punto.- Dada la doble tensión -de un lado- entre el Norte rico y el Sur pobre, y -del otro- entre capitalismo y economía centralmente dirigida, entre Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos adláteres que se reputan desarrollados, los países del Tercer Mundo deben asumir una actitud de neutralidad, ser no alineados en una disputa que no es de ellos. Eso sí, han de esforzarse -sacando ventajas de aquí y allá- en lograr su desarrollo. Pero, aquí viene un punto importante, dado el hecho que los estados socialistas ya han realizado su revolución, son ellos los aliados naturales de esos que se encuentran aún en vías de realizarla, para llegar al desarrollo. Aquí la lógica no es tan clara ¿Neutrales y a la vez aliados de un bando? Tal fue la histórica oposición en la conferencia de No Alineados de La Habana entre Tito y Castro. Para el primero neutralidad significa inhibirse de intervenir en un conflicto, es decir ser imparcial; para el segundo sólo consiste en la exclusión de actores formales y jurídicos, pero no de la simpatía por uno de los lados y la realización de actividades que ella sugiere: se puede ser neutral y parcial. De hecho fue ésta la tesis que en la práctica prosperó, y los países del Tercer Mundo buscaron apoyo en los socialistas... y éstos en ellos.

El Perú, incluido en el Tercer Mundo, fue así puesto en la misma línea con otras naciones con los cuales una similitud real no era defendible, como por ejemplo con los Estados recién descolonizados del África. El “epifenómeno” de lengua, cultura, religión, historia se consideró adjetivo, salvo como elemento de identidad nacional para oponerlo a Occidente. La sustancia hispano-india del Perú fue en la práctica negada u olvidada. Riva-Agüero estaba muerto, Belaunde protestó contra ello en foros internacionales.

Con la caída de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría, el panorama mundial vuelve a cambiar, y para comprender cabalmente la situación actual me he permitido esta digresión retrospectiva, que algunos de mis oyentes podrían considerar extravagante.

¿En qué términos se plantea hoy la cuestión?

El planeta es visto a la vez en su entidad global y en la perspectiva de su regionalización. No se contraponen en ellos dos concepciones, nítidamente definidas -capitalismo y comunismo- como era antes, sino que se proclama una sola doctrina, que admite matices. Ella es en síntesis la siguiente: el mundo está regido por la ley económica, fundamentalmente la del mercado, cuya libertad es garantía de su buen funcionamiento. Sólo este liberalismo, que se extiende a los demás aspectos de la vida social, puede llevar a la prosperidad.

Todas las naciones son interdependientes entre sí y hay un sistema de interconexión de capitales que rige el mercado, que no conoce fronteras políticas sino sólo diferencias de condiciones de inversión. Estas diferencias y la realidad geográfica determinarán la regionalización mundial. Todas las manifestaciones de la comunidad humana -sea en su dimensión planetario, sea en escalas más reducidas- están referidas a este sistema y dependen de él o pueden ser reducidas (conceptualmente y en la práctica) a él.

Como en toda doctrina, encontramos aspectos de la realidad que la confirman, y otros que la ponen en tela de juicio. Cabe ahora la pregunta: Dentro de la visión histórica y proyectiva que nos legaron Belaunde y Riva-Agüero ¿Cómo ha de enfocarse esta posición paneconomista y cómo ha de entenderse el futuro del Perú en vista de ella? Es cierto que el legado tradicional que nos transmiten está condicionado por algunas circunstancias del momento -propias de la primera mitad del siglo XX-, pero también es indudable que se basa en observaciones e intuiciones que trascienden esta limitación temporal y nos presenta principios

rectores permanentemente valederos. Repito la pregunta: ¿Cómo nos invitarían Belaunde y Riva-Agüero a afrontar hoy este nuestro Perú del cual somos responsables?

Creo que son dos los puntos esenciales:

1.- Defender las esencias tradicionales de la nación. Si éstas fallan, no por habitar en el mismo territorio, pertenecerán nuestros nietos a la misma patria, que amamos y queremos conservar. Por ser sucesores por la cultura, la tierra y la sangre, del Incanato y la Colonia, que se funden en la República, reputamos nuestras estas etapas de la nación peruana: en ellas una línea viva de conciencia colectiva, una actitud ante la vida, atraviesa el tiempo. Pero si esta tradición -de naturaleza espiritual- se deja de lado o se sacrifica en aras de consideraciones económicas, se producirá una interrupción en este hilo conductor, es decir un corte que determinará enajenación y traición a nosotros mismos. Urge pues defender la peruanidad, en toda su riqueza histórica y emotiva, frente a la marea de materialismo y pragmatismo, de inmediatez cotidiana y superficialidad confortable, que se nos viene encima y que ya inunda el planeta.

2.- Tanto por determinaciones telúricas como por vinculaciones ancestrales, Iberoamérica constituye una unidad social, es cierto que mal definida y puesta a prueba por distanciamientos y accidentes bélicos, dispersión política y olvidos ocasionales; es una unidad de la que tenemos conciencia a menudo vaga, pero que se agudiza y se impone en momentos cruciales.

Esta conciencia y la marcha mundial hacia la regionalización, que nos exige la realidad circundante, nos aconsejan afrontar seriamente la tarea de lograr una comunidad iberoamericana, que al lado de otras regiones que se están organizando -y en concurrencia con ellas- pueda tener peso e influencia en el acontecer del mundo. Si esta unidad regional no se produce, seremos simples secuaces de otras, o espectadores impotentes de las decisiones que otros tomen por nosotros y en relación a nosotros.

Sea cual fuere la forma en que se plasme tal unidad regional, el Perú, en la línea señalada por nuestros maestros, ha de propiciar que ella se establezca dentro del ámbito occidental y cristiano. Debe contribuir a la determinación de los rasgos esenciales de la construcción regional, y no simplemente fundirse en ella. No se trata de disolvernarnos anónimamente en una laxa e insípida confraternidad ni tampoco de constituir una asociación de intereses mercantiles. No, fieles a nuestra historia de singular prestancia, y consecuentes con nuestra significación

continental, debemos asumir el papel que nos corresponde al hacer causa común con otros Estados que, por su espíritu y ubicación geográfica, son semejantes a nosotros, sin vacuos romanticismos y ajenos a pasajeros y ocasionales provechos. Inspirados en ideales que asumimos plenamente y fundados en realidades indiscutibles, podremos cooperar hombro a hombro en la defensa y expansión de nuestras personalidades, propias de seculares Estados, y en la edificación del porvenir planetario.

El general de Gaulle, con aquel sentido de dignidad y eficacia que lo distinguía, habló de una Europa de las nacionalidades. Belaunde y Riva-Agüero estarían de acuerdo con una Iberoamérica de tales características, y aplaudirían su cohesión, el respeto mutuo entre sus componentes, la jerarquía de valores imperante entre ellos la fidelidad a las esencias nacionales de cada cual y la altura de miras manifestada en sus objetivos y decisiones.

Estoy seguro que el volumen XIII de las obras completas de Riva-Agüero que ve hoy la luz y se entrega a la opinión pública contribuirá a enriquecer la reflexión de los peruanos sobre temas que tan hondamente atañen a la Patria. □

Lima, 18.5.96